

**TRES DISCURSOS PACIFISTAS:
KURT TUCHOLSKY, ERNST FRIEDRICH
Y KÄTHE KOLLWITZ**

POR CHEMA CASTIELLO

KURT TUCHOLSKY (1890-1935)



KURT TUCHOLSKY

Pese a ser autor de una obra notable, Kurt Tucholsky es poco conocido por los lectores españoles.¹ Grafómano, escritor, poeta, periodista, letrista de canciones de cabaré, activista contra la guerra, Kurt Tucholsky destaca por su mordacidad, su defensa a ultranza del pacifismo, su mirada irónica al mundo de la política y su condena radical del patriotismo —«La estúpida religión de las patrias»— y del nacionalismo, al que denomina «el octavo sacramento». Aún hoy, muchos de sus textos forman parte del repertorio de los cantautores, cabaretistas y recitadores, que mantienen viva su memoria. Incluso el mundo del rock ha tirado de su legado, de su capacidad satírica y poética. Se le considera un continuador de

¹ La obra traducida al castellano se limita a las novelas cortas *Rheinsberg* (El Aleph, 1989), *El palacio de Gripsholm* (Trotta, 1994) y una selección de textos procedentes de diarios y revistas que editó Acanalado bajo el título de *Entre el ayer y el mañana* (2003).

Heinrich Heine y, juzgando su obra, el crítico alemán Marcel Reich-Ranicki² se refiere a él en estos términos: «Su agudeza y su burla van desde lo más sutil hasta lo áspero y grosero, desde lo reposado y apacible hasta lo frívolo y tendencioso».

Director de la revista político-cultural más influyente de la República de Weimar, *Die Weltbühne*, firma en ocasiones sus artículos con seudónimos como Ignaz Wrobel, Peter Panter, Thobald Tiger o Kaspar Hauser. Sus textos, cargados de ironía, poseen una enorme actualidad. Refiriéndose al aborto, en una crónica de 1927 titulada «Habla el futuro del vientre» pone en boca de un niño no nacido la siguiente reflexión: «Todos cuidan de mí: Iglesia, Estado, médicos y jueces. Durante nueve meses. Pero cuando hayan pasado estos nueve meses, entonces tendré que ver cómo me las apaño». Su juicio sobre la familia es también mordaz: la define como «un grupo de muchas personas de diferentes sexos» y considera su tarea principal «meter las narices en tus asuntos», resultándole paradójico que «toda la juventud de hoy... sufre bajo la férula de la familia. Y luego uno funda una y hace exactamente lo mismo».

Para Kurt Tucholsky «el sátiro, es un idealista ofendido: quiere que el mundo sea bueno, y como es malo,

² *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9 de septiembre de 1978. Véase también, de Reich-Ranicki, *Siete precursores* (Galaxia Gutenberg, 2003).

se lanza a luchar contra lo malo». Y entre lo malo hay cosas tan absurdas como el hecho de que matar a una persona sea considerado un crimen en tiempos de paz y una obligación durante la guerra, de modo que la conclusión no puede ser otra: «Los soldados son asesinos».

Pese a que había sido un agudo crítico de la guerra, es obligado a incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial y participa como soldado en el frente del Este licenciándose a la edad de veintiocho años. Sobre su participación en el conflicto dejaría escrito: «Durante tres años y medio esquive la guerra tanto como pude [...] usé todos los medios posibles para que no me pegaran un tiro y no pegarlo».

Como a tantas otras personas, aquella experiencia le sirve para atacar el militarismo alemán, al que acusa de corrupto y muestra como abanderado de la defraudación y del engaño, e ilustra el robo de víveres en beneficio de los altos mandos, lo vacuo de la propaganda oficial y el comportamiento innoble frente a los civiles en los territorios conquistados.

Participa en la fundación de la Liga pro-Paz de los Participantes en la Guerra de la que surgirá el comité Nunca más una Guerra. Activista de este movimiento, participa en conferencias y mítines en los que llegan a reunirse cerca de cien mil personas. En 1926 se une al Grupo Pacifista Revolucionario y en 1929 se acerca al Partido Comunista Alemán (KPD). A partir de 1931 sus colaboraciones en la prensa escasean y sus obras son pasto de las llamas en la plaza de la Ópera de Berlín.

Natural de Berlín, donde había nacido un 9 de enero de 1890, muere en el exilio en Hindas, cerca de Gotemburgo, Suecia, por sobredosis de somníferos, un 21 de diciembre de 1935. En su tumba el epitafio reza: «Todo lo que es transitorio es sólo un símbolo».

LA TRINCHERA (1926)³

¿Para qué, madre, a tu hijo criaste?
¿Para qué largos años sufriste por él?
¿Para qué, como en vuelo, vino él a tus brazos,
donde, suave y muy bajo, le contabas tus cosas?

Hasta el aciago día en que te lo arrancaron.
Para la trinchera, madre, para la trinchera.

¿Puedes, niño, a tu padre recordar todavía?
Solía tu padre cogerte en sus brazos,
te hacía, en regalo, una moneda chica
y jugaba contigo a guardias y ladrones.

Hasta el aciago día en que te lo arrancaron.
Para la trinchera, hijo, para la trinchera.

Los amigos franceses estaban allí,
junto al obrero inglés, muy juntos, apretados.
Todos ellos allí vertieron la su sangre,
y, cosidos a tiros, descansan allí todos,
el uno junto al otro:
gente mayor, adultos, y muchos rapazuelos,

³ Selección de poemas y traducción del alemán por José Luis García Rúa.

todos ellos revueltos en un foso común.

No os enorgullezcáis, en modo alguno,
de condecoraciones ni de insignias.
Tampoco sean orgullo de vosotros
las cicatrices de las heridas vuestras
ni los grandes tiempos.

Los señores y dueños de grandes latifundios,
el Capital ansioso de crecer
y la loca cieguera del Estado
son los que dispusieron vuestra muerte.
¡Dabais buena medida para pasto de cuervos
para el foso, amigos, para el foso,
y para la trinchera!

¡Arrojad las banderas! Las bandas militares
música dan para la danza de la muerte vuestra!
¡Quietos ahí! Corona de inmortales, ese es
el agradecimiento de la patria.

Pensad en vuestros estertores y gemidos.
Allá lejos están padres, madres, hijos:
durísimo trabajan, cual vosotros,
por un poco de vida.

¿No queréis ayudarlos y darles vuestra mano?
Nada hay más hermoso que una mano hermana
¡sin trincheras, hermanos, sin trincheras!

GUERRA A LA GUERRA (1919)

Cuatro años pasaron en trincheras.

Largo, largo tiempo.

Fríos helados sufrieron en total piojera,
y en el hogar, muy lejos de sus ojos,
sus dos pequeños hijos y mujer.

Y nadie hubo que verdad dijera,
ni nadie con valor de protestar,
un mes sobre otro mes y un año tras un año...

Y, cuando uno de permiso iba,
veía en su ciudad los vientres gordos,
la danza, la codicia y el negocio turbio
igual que una epidemia lo devoraban todo,
horda de cagatintas aúlla progermana:
«¡Guerra!, ¡guerra!, ¡victoria, gran victoria!,
en Albania, victoria y victoria en Flandes».
Otros los que morían, otros, otros...

Y veían caer sus camaradas,
así el destino era en casi todos:
dolorosas heridas, martirios animales, muerte.

Una pequeña mancha, roja y sucia,
y ya se los sacaba y se les daba tierra.

¿Quién será el que los siga?

Un grito de millones alcanza las estrellas.
¿Alguna vez los hombres aprenderán la historia?
¿Existe alguna cosa que la pena valga?
¿Quién es el que allá arriba manda
y, desde arriba, escupe hacia lo bajo
a quien condecorar, y ordena,
infatigablemente, matar, matar?
Sangre, huesos deshechos y miseria...
Y luego, de repente, el barco que hace agua.
El capitán que viene a despedirse,
y, un instante después, desaparece.
Atónito el soldado no sabe lo que pasa.
¿Por quién sufrió el infierno? ¿Acaso por la patria?

¡Hermanos, cerrad filas, hermanos!
¡Hermanos, todo esto no puede repetirse!
Si una paz de exterminio es lo que se nos da,
seguro que se anuncia ese mismo destino
para hijos y nietos, los nuestros, compañeros.
¿Tendrán ellos, de nuevo, que teñir
del rojo de su sangre
las trincheras del campo y la grama verde?

¡A los jóvenes dad, hermanos, buen aviso!
Volver a pasar esto no puede ni lo debe.
Nosotros todos vimos, con suma claridad,
adónde tal locura nos conduce.

El fuego ardió que ellos atizaron.
¡Apagad ese fuego! Los gran imperialistas,
que, allá lejos, anidan junto a aquellos,
otros nacionalismos, de nuevo, nos regalan.
Y de nuevo, otra vez, en unos cuantos años,
volverán a sonar cañones nuevos.
Esa tal paz no sería paz ninguna.
Sería otra locura:
la vieja danza en el volcán viejo.
¡No matarás!, dijo alguien un día.
La humanidad lo oyó. La humanidad se duele.
¿No acabará esto nunca?
¡Guerra a la guerra!
Y en la tierra, paz.

NUESTROS MILITARES (1919)

Hace ya mucho tiempo, cuando yo era niño
y a la escuela, con mi morral, andaba
gritando a pulmón pleno,
el tatachín, entonces, oí de lejos.
Corrí como un demonio por el muelle,
y me planté delante del fuerte capitán
y ante los tenientes, tan finos, envarados...
Y cuando ya pasaban, con gran marcialidad,
resonando trompetas y tambores
con la impetuosa marcha de prusianos,
casi me caí al suelo de alegría.
Los ojos me brillaban.
Hasta el cielo llegaba
¡música militar! ¡música militar!

Y los años pasaron. Lo que, entonces, un niño,
en su corazón tierno, festejaba,
con viento ruso, ahora, un joven lo veía
de cerca y con dolor.
Veía la barbarie y veía el engaño:
¡abajo la cabeza!, ¡más aun todavía!,
¡más baja la cabeza!, ¡doblar aún más la espalda!
¡Pisar y golpear la espalda ya doblada!
Los tenientes van de putas, se emborrachan, devoran.

El ser común, apenas, lo necesario comprar puede.
Sufre sudor y hambre, lo lanzan al ataque y a la marcha.

Hasta que, al fin, revienta.

Esto lo veía uno con sus ojos de fuego;
creía que el tinglado funcionar no podría
y que todo tendría, por fuerza, que acabar,
por el bien de Alemania y de todos nosotros...

¡Pero, en guerra, sonaba sobre todo lamento!

¡música militar! ¡música militar!

¿Y hoy?

¡Ay, hoy! Los señores de arriba

Su Pater Noske⁴ alaban,

y requieren, de apoyo a su principio,

a los viejos tenientes sin consuelo.

Arresta, manda y hace con la gente

lo que le viene en gana.

Entonces como hoy, hoy como entonces,

si uno de ellos cae, otro de igual calaña

le suple de inmediato.

Lieb knecht, igual que Vogel fueron muertos.

Pero nunca Alemania castiga a tales asesinos.

¿Y qué, y qué?

⁴ Trágica ironía: Gustav Noske fue el gobernador socialdemócrata de Berlín tras la Primera Guerra Mundial, con la instauración de la República de Weimar. Fue él quien ahogó en sangre la revolución espartaquista de 1919. Entre muchísimos más, dio muerte a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht. Actuando bajo sus órdenes, los *Freikorps*, tropas paramilitares que acogían a antiguos militares, terminaron con la revolución en Sajonia y otras regiones. Posteriormente fue ministro de Defensa.

Ese odio que abajo se concentra
el camino no ha aunado todavía,
mas ello ¡alguna vez ha de venir...!
Pues no todos se apagan, los fuegos que, sin llama,
en ascua ardieron bajo la ceniza.
¡Cuidado! Porque en todos los pueblos
hay, sí, mucha materia por arder.

De estos nacionalistas renegamos,
y de esos bolcheviques del orden,
de toda esa canalla que nos hiere,
bajo la cual en sangre se nos fue
la Rosa Luxemburg.
Bandas de cuerpos libres vosotros los llamáis,
mas solo son las viejas sucias manos.
Conocemos la marca, su espíritu sabemos.
De un cuerpo armado el mandato fiero
¡qué bien lo conocemos!
¡Fuera con él!
¡Haced pedazos sus signos militares!
Ningún vacío admite la cultura:
si una vez, en el campo, aquel desaparece,
ningún ser libre olvida su opresión.
Dos Alemanias hay: la una, que es la libre,
servil la otra, en el modo que fuere.

¡Música militar! ¡Música militar!
Oh tú, buena República del pueblo,
hazla callar, definitivamente.

LA LÁMPARA ENCENDIDA (1931)

Si un hombre, un joven de unos veintitrés años, yace en el suelo, tirado en un abandonado rincón de una calle, jadeando, porque se asfixia a causa de un gas, venenoso y mortal, extendido en la ciudad por una bomba aérea; los ojos le salen de las órbitas, en la boca siente un mal sabor horrible y, en sus pulmones, tremendas punzadas, como cuando uno debajo del agua intenta respirar, en ese momento, con una mirada desesperada por las casas arriba y hasta el cielo, el joven moribundo preguntará: «¿Por qué...?».

Verás, muchacho. Porque, por ejemplo, una vez, en una librería, lucía mansamente una lámpara verde. Esa lámpara, joven, alumbraba puros libros de guerra allí diseminados; los oficiales de la casa los habían inteligentemente distribuido en torno a la lámpara verde de dulce alumbrar, y la librería había recibido el primer premio por ese escaparate tan de buen gusto como patriótico.

También, joven, porque ni tus padres ni tus abuelos habían hecho nunca el menor intento de salir de esta guerra y de la locura nacional. Se habían limitado —por favor, no te mueras todavía, quisiera yo, muy rápido, aclararte todavía todo esto, pues de salvarte ya no hay manera— en el mejor de los casos, repito, se habían contentado con hacer alguna moderada propuesta contra la

guerra; pero nunca contra aquel que ha guiado, guía y guiará la así llamada patria de ellos. Los han envenenado, en la escuela, en la iglesia, y, lo que es más importante, en los cines, en las universidades, y a través de la prensa nacional; tan realmente envenenado como tú ahora yaces ahí tirado: sin ninguna esperanza. No vieron más allá. Creían, sinceramente, en esa religión estúpida de las patrias, y, o bien no sabían cómo, en secreto o abiertamente, según las circunstancias, su país se rearmaba, o bien sí lo sabían y les parecía muy bien. Lo encontraban hermoso. Por eso, joven, estás ahí tirado.

¿Qué resuellas ahí, en tus estertores? ¿«Madre»? ¡Ah, no procede! Tu madre fue primero una hembra, luego una madre, y porque fue una hembra amaba al guerrero, al matador de Estado, y amaba las banderas, la música y al teniente fino y espigado. Y porque lo amaba, odiaba a todos aquellos que querían arrebatarle su deseo. Y porque era eso lo que amaba, y porque, sin mujeres, no puede haber éxito público ninguno, por eso, la gente de la prensa liberal, que eran demasiado cobardes, se daban prisa a sólo dar bofetones al portero y a alabar la guerra, a medio —defenderla, te lo digo, y a cerrar bocas y prohibir impresos que querían llamarla por su nombre, el de infamante carnicería; y porque tu madre amaba la guerra, de la que sólo conocía las banderas, surgió toda una industria, para hacerle favor, y muchos escritores estaban también en ello. No, no los del hipódromo, de los de la literatura estoy hablando. Y los impresores imprimían sus escritos. Y los libreros los vendían.

Y alguien había dispuesto aquella dulce lámpara encendida, su escaparate estaba tan bonitamente decorado; allí estaban los libros que divulgaban la alabanza de la muerte, el himno a la matanza, los salmos de la bomba de asfixiar. Por eso, joven.

Escucha, joven mío, antes de que des tu último signo de agonía.

Nunca se ha intentado combatir seriamente la guerra. Nunca se han cerrado todas las escuelas, todas las iglesias, todos los cines ni todos los periódicos para la propaganda de la guerra. No se tiene ni idea de cómo es una generación que haya crecido en el aire de un pacifismo sano y combativo, pero de rechazo total de la guerra. Eso no se sabe. Solo se conoce una juventud instigada siempre por el Estado. Tú eres su fruto; eres uno de ellos, lo mismo que tu aviador asesino ha sido uno de ellos.

¿Me permites acomodarte la cabeza? ¡Ay, ya estás muerto! Descansa en paz. Es la única que te han permitido tener.

ERNST FRIEDRICH (1894-1967)



ERNST FRIEDRICH

Ernst Friedrich, fundador del Museo Antigüerra de Berlín, objetor de conciencia e impulsor del movimiento de oposición a la guerra, nace en Breslau (Alemania) en 1894. Decimotercer hijo de un matrimonio en el que el padre es definido por nuestro personaje como «un lacayo de los bancos», se siente en su juventud atraído por la escultura, la pintura y el diseño. Aprendiz de editor, acaba incorporándose al trabajo en una fábrica y estudiando teatro por las noches.

A lo largo de su vida, como muchos otros jóvenes alemanes, forma parte de diversas organizaciones de izquierdas, el Partido Socialdemócrata Alemán (1911); el movimiento Freien Sozialistischen Jugend (Movimiento de los Jóvenes Socialistas Libres) en 1919, impulsado por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht; el Partido Comunista Alemán (KPD) en 1920 y, finalmente, el movimiento Juventud Libre (Freie Jugend), una organización autónoma de los partidos, descentralizada, antiautori-

taria, que propugna la alianza con el proletariado y rechaza la sociedad burguesa, el militarismo, la opresión y la guerra.

Figura esencial de primer pacifismo y defensor de un socialismo libertario, sus ideas se acercan más a la autoorganización social de Proudhon y al socialismo comunitario de Kropotkin que a la corriente bakuninista. Una militancia y un compromiso que llevarán aparejadas sucesivas condenas y encarcelamientos hasta, finalmente, el exilio en Bélgica y en Francia, donde se une a la Resistencia.

Cuando se declara la Primera Guerra Mundial, se niega a incorporarse a filas y es encerrado en un psiquiátrico. En 1916 forma parte de un grupo antimilitarista clandestino que realiza actos de sabotaje contra la industria militar, lo que le supondrá el ingreso en prisión en 1917. En los años treinta es condenado por alta traición, acusado de distribuir publicaciones pacifistas en el ejército y en 1933 va de nuevo a la cárcel por sus actividades antimilitaristas, y se logra su libertad tras una campaña internacional de solidaridad impulsada por el movimiento cuáquero de Estados Unidos.

En los años veinte desarrolla una intensa actividad pacifista en unión de intelectuales como Walter Mehring, Kurt Tucholsky o Ernst Toller, cuyas reflexiones sobre el desastre acaecido se oponen a las apologías de la guerra y a la retórica patriótica y militarista representada por Ernst Junger o los medios conservadores alemanes. Organiza exposiciones, participa en espectáculos

teatrales de autores antimilitaristas como Gorki, Dostoyevski o Tolstói, impulsa la objeción de conciencia...

En 1924, cuando se cumple el décimo aniversario de la movilización alemana para la Primera Guerra Mundial, Ernst Friedrich publica *Krieg dem Krieg* (*Guerra contra la guerra*), un fotolibro con imágenes obtenidas de archivos médicos y militares. Si la pintura y el dibujo (Otto Dix y Goerge Grosz), el fotomontaje (John Heartfield) o el grabado (Käthe Kollwitz) se convirtieron en instrumentos de denuncia del sufrimiento padecido y de la sociedad e ideologías que lo alimentaron, nuestro autor recurre a la fotografía para expresarse con idéntica finalidad.

El libro, con 264 páginas y 180 imágenes, comienza mostrando fotografías de soldados de juguete, carteles de propaganda, para detenerse después en los desfiles de quienes marchan a la guerra, los campos de batalla, los cadáveres de los soldados abandonados a la intemperie, los edificios y pueblos devastados, los bosques calcinados, los cuerpos de pacifistas ahorcados, las prostitutas en burdeles militares o los niños desnutridos y hambrientos.

En este conjunto de fotografías destacan, por su fuerte impacto, veinticuatro imágenes agrupadas bajo el título de «El rostro de la guerra». Son primeros planos de soldados cuyas caras deformadas evidencian las secuelas de heridas y operaciones. La fotografía como terapia de choque, como verdad que revuelve el estómago y la autoridad esconde, como denuncia de la barbarie.

Precisando aún más el mensaje, las imágenes se acompañan de un ensayo inicial donde se reflexiona sobre las condiciones sociales y psicológicas en las que se construye el odio. Documenta cómo la familia, la escuela, la Iglesia y otros aparatos de socialización preparan psicológicamente al niño para la guerra. Estas instituciones son aliadas del Capital, el Estado y los militares para fabricar la mentalidad y la maquinaria de la guerra moderna. Textos en los que abundan las exclamaciones, en ocasiones con mayúsculas y en negrita, expresivos de una retórica que demanda urgencia y acción.

Los pies de foto en cuatro idiomas —alemán, inglés, francés y holandés— ridiculizan los pomposos discursos patrióticos. Hay también llamamientos a la resistencia y con frecuencia hace uso de la ironía para confrontarlos con las imágenes: «La tumba del héroe» es el pie de foto de una montaña de cadáveres; «Campo de honor» muestra el cadáver mutilado de un hombre; «El orgullo de la familia» acompaña a un soldado posando en posición ridícula.

Krieg dem Krieg (Guerra contra la guerra) es el primer fotolibro en mostrar las consecuencias de la guerra y su horror. La sabia utilización de imágenes y textos son una fuente inapreciable de reflexiones y propuestas. El primer movimiento pacifista del siglo XX supo utilizar una técnica nueva, la fotografía, y un diseño inteligente para impactar en la población. El repudio y la persecución de la obra y el autor por parte de las autoridades civiles y militares dan buena cuenta de ello. Su éxito también: desde

su publicación se han hecho más de un millón de copias y se ha traducido a más de cuarenta idiomas.

Un año después de su publicación, Ernst Friedrich funda en Berlín el primer Museo Internacional en Contra de la Guerra (Anti-kriegs-museum)⁵ donde reúne fotografías, documentos, objetos y testimonios de veteranos. Con la llegada al poder de Hitler, Friedrich fue encarcelado y su museo destruido. Posteriormente fue convertido en cuartel de las SA y en uno de sus horribles centros de tortura.

⁵ Ver <http://www.anti-kriegs-museum.de/spanisch/start.html>. El museo Anti-Guerra es miembro de War Resisters International (WRI), organización representada en Naciones Unidas e impulsora del desarme mundial. El WRI se basa desde 1921 en la siguiente declaración: «La guerra es un crimen contra la humanidad. Por eso estamos decididos a no apoyar ninguna guerra y luchar contra las causas que la fomentan».



De las jornadas de agosto de 1914. ¡Entusiasmo! ¿Por qué?...

LA CAUSA DE LA GUERRA

Hace tiempo, Platón que nació 427 años antes de Jesucristo, Platón, ese hombre sabio, dijo: «Todas las guerras se originan por la posesión de riquezas».

Esto es tan cierto que siempre se ha dicho. Y sorprendentemente los esclavos del trabajo de todos los países abandonan sus arados y yunques, se lanzan a las armas, y protegen la vida y propiedades de sus amos con su propia sangre y vida. ¿Qué dije? ¿Qué esto es sorprendente? ¡No, es absolutamente natural, una monstruosidad natural!



Ríen y hacen gestos.



...por el «Campo del Honor».



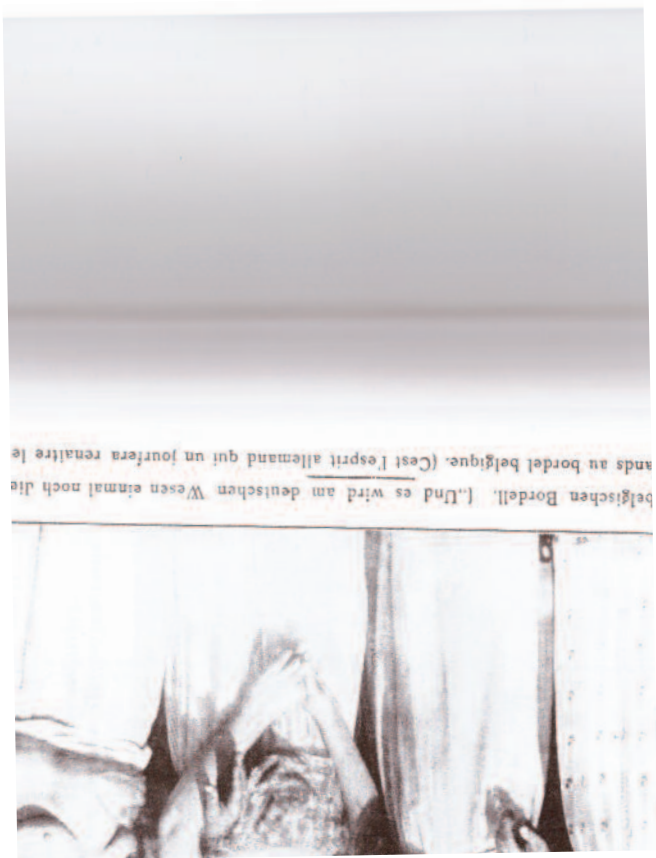
El orgullo de la familia (una interesante toma).



El orgullo de la familia unas pocas semanas después.



Objetores de conciencia. Quien no desea matar se destina a la horca.



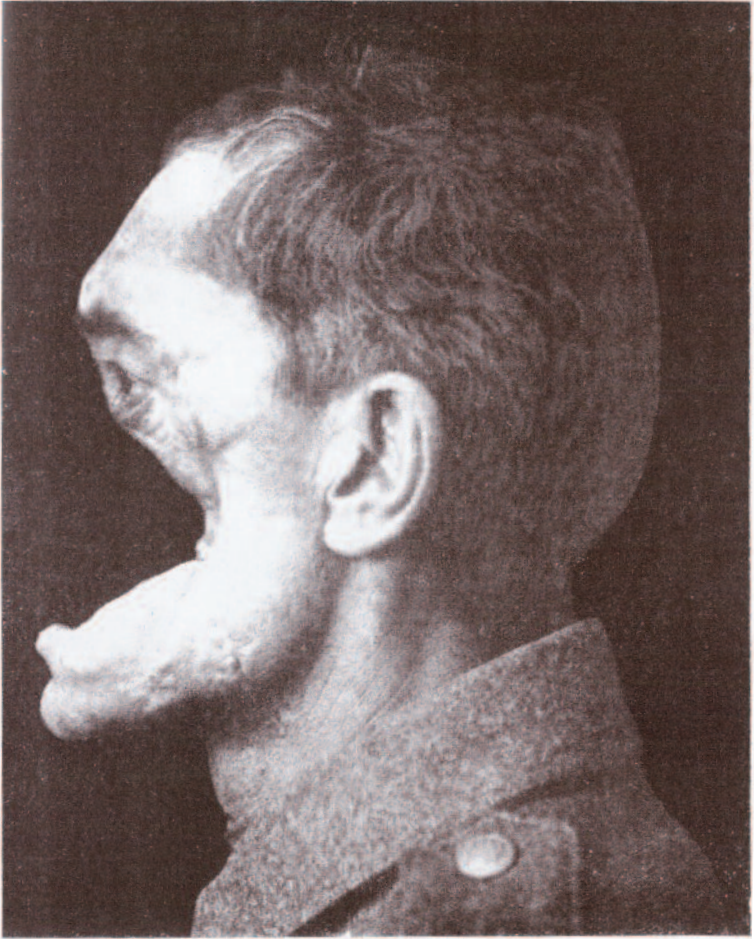
Dos héroes alemanes en un burdel en Bélgica.
La cultura alemana regenerará el mundo.



Después de la guerra: príncipe heredero alemán, un trabajador esforzado.

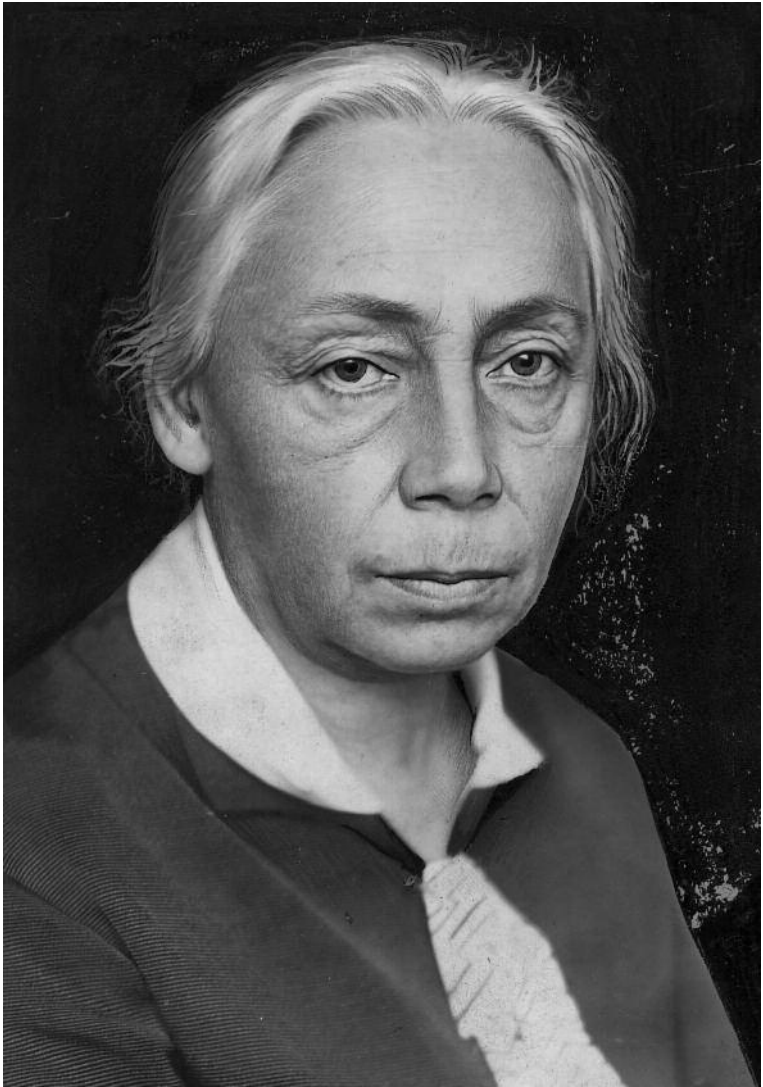


Después de la guerra: las heridas del proletariado y su «deporte».



Las «saludables vacaciones» del proletariado casi le vuelan la cara.

KÄTHE KOLLWITZ ((1867-1945))



KÄTHE KOLLWITZ

Pocos ejemplos hay en que vida y obra sean tan perfectamente consistentes como en el caso de Käthe Kollwitz.⁶ Una vida sencilla y digna presidida por fuertes convicciones morales; una obra que hace del grabado⁷ —el aguafuerte, la litografía y la xilografía— el principal instrumento de expresión de su propuesta artística y de su compromiso social.

⁶ Pese a que la obra de Käthe Kollwitz ha circulado por el país en varias exposiciones, lo cierto es que ha pasado prácticamente desapercibida. La bibliografía sobre esta artista es también muy escasa: Marian Cao (1997). *Käthe Kollwitz o el arte solitario* (Ediciones del Orto) y Boffill y Porqueras (2005). *Tres mujeres contra la guerra* (CCD-F. Bonnemaïson).

Véase también el artículo «Los museos Käthe Kollwitz» (<http://lalineadelhorizonte.com/blog/los-museos-Kathe-kollwitz-de-alemania/>), firmado por Teresa Mirri.

⁷ Sus dibujos, magistralmente realizados y concluidos, no son sino trabajos preparatorios para su impresión. Su escultura, con obras magníficas, es, sin embargo, una actividad tardía y secundaria dentro de su producción.

Nace en Königsberg,⁸ antigua capital de Prusia, el 8 de julio de 1867 y crece en un ambiente de fuerte inspiración religiosa, filosófica y revolucionaria. Su abuelo, Julius Rupp, ministro luterano expulsado, es el fundador de un grupo —Frei-religiöse Gemeinde— que rechaza la vinculación de la religión con el Estado y enfatiza el racionalismo y la ética. De él es la frase que tan bien expresaría la vida de nuestra artista: «El hombre no viene al mundo para ser feliz sino para cumplir con su deber». Su padre, Karl Schmidt, hombre de leyes y masón, la introduce en las ideas socialistas.

Con dieciocho años se traslada a Berlín para estudiar Arte y, posteriormente, a Munich donde estudia en la Academia de Mujeres (Künstlerinnenschule). Lectora de Zola e Ibsen, conoce en su juventud a August Bebel⁹ quien influirá en sus ideas socialistas y feministas. En 1891 se casa con el médico Karl Kollwitz y la pareja se instala en un barrio pobre de Berlín donde transcurrirá casi toda su vida.

Es este un periodo de formación donde el dibujo y la línea, no el color, serán la llave que le abrirá el oficio de grabadora, fuertemente impregnado por lo manual: materiales que devastar, herramientas y punzones, áci-

⁸ Actual Kaliningrado (Rusia).

⁹ Es autor de un libro seminal: *La mujer. En el pasado. En el presente. En el porvenir*. La primera edición en castellano es de 1975 (Editorial Fontamara).

dos, tintas, paños para limpiar... y un juego de sombras y luces que le permitirán una expresión nítidamente realista, lejos de los devaneos de las vanguardias y de la abstracción.

Su primera exposición pública es de 1893. Desde entonces sus sucesivas creaciones evidenciarán que el arte es un vehículo adecuado para acercarse al drama humano y al conflicto social: individuos y grupos muestran, en sus gestos y en sus rostros, las emociones, las luchas y los desgarros que acompañan la vida de los de abajo.

Presenta en la Gran Exhibición de Arte (Berlín, 1898) seis grabados bajo el título de *La revuelta de los tejedores*,¹⁰ obra que supondría su reconocimiento público. Entre 1901 y 1908 viaja por Italia y Francia donde conoce a Auguste Rodin y se inicia en la escultura. En este periodo da a conocer una serie de aguafuertes denominados *La guerra campesina*¹¹ y en 1909 inicia las *Escenas de la miseria*. En sus trabajos nunca muestra a los perpetradores, sino a las víctimas, huye de las alegorías, se concentra en mostrar la realidad e incorpora a las mujeres como protagonistas destacadas de los acontecimientos narrados.

¹⁰ Prohibida temporalmente por subversiva, aborda la sublevación de los tejedores manuales en Silesia en 1844. Se basa en el texto dramático de Gerhart Hauptmann.

¹¹ De nuevo recurrirá a la historia y a un texto, de Wilhelm Zimmermann, para ilustrar una revuelta popular ocurrida entre 1522-1525 contra las penosas condiciones de trabajo del campesinado.

Persona de profundas convicciones pacifistas¹² y activa opositora a la guerra, sufre el drama de la pérdida de su hijo Peter, en Flandes, nada más comenzar el conflicto.¹³ Con el tiempo, la depresión deja paso a un activismo notable. Es miembro de la organización Ayuda Internacional al Obrero de la que forman parte Otto Dix y George Grosz; realiza obra gráfica y afiches para diversas entidades como la Federación Sindicalista Internacional y el Movimiento Obrero Socialista para la Prevención de la Guerra. Su cartel *¡Nunca más guerra!* (1924), del mismo año en que Ernst Friedrich publica *Guerra a la guerra*, aún es portado en la actualidad en manifestaciones y mítines.

Pese a la impopularidad que le supone su oposición al conflicto, es la primera mujer que accede a la Academia Prusiana de las Artes (1919), en la que permanece hasta que en 1933, tras la toma del poder por los nazis, es obligada a dimitir.

En los años veinte, en entregas sucesivas, su obra ilustrará el drama de un pueblo sometido y castigado hasta la extenuación: la xilografía *Guerra* (1924), el portfolio *Pinturas y muerte* (1924) y la serie *El proletariado* (1925), el cartel *Los niños alemanes tienen hambre* o los realizados en apoyo de los revolucionarios vieneses... Su

¹² Admira la obra de la baronesa Von Suttner, premio Nobel de la Paz de 1905, *¡Abajo las armas!* (1889).

¹³ Muere el 23 de octubre de 1914.

última serie, *Muerte*, realizada entre 1934 y 1937, presenta ocho litografías en las que niños, mujeres trabajadoras y la propia autora mantienen un diálogo sereno y confiado con quien viene a indicar el final del camino.

Condenado su arte bajo la etiqueta de degenerado, y destruido su estudio y sus obras, sus últimos años transcurren en Moritzburgo donde fallece el 22 de abril de 1945, unos días antes de la caída de Berlín y del fin de la Segunda Guerra Mundial.

La obra de Käthe Kollwitz se muestra en numerosos museos pero es particularmente interesante la recogida en los museos de Berlín¹⁴ y Colonia.

Las obras aquí recogidas pertenecen a la serie *Siete trabajos en madera sobre la guerra* (1924). Tanto por el tema, el testimonio del sufrimiento y el dolor sin límites que causan los conflictos bélicos, como por el tratamiento, la simplicidad de los rasgos que acentúan el patetismo de la escena o los negros del grabado que incrementan este afán, la obra se aleja de lo anecdótico para tener trascendencia universal. Un punto de vista sobre la guerra enormemente amargo: madres que entregan a sus retoños, padres que las acompañan, los voluntarios que acuden a la llamada, las viudas pavorosamente solas, el pueblo que, ignorante, clama contra las madres que se niegan a en-

¹⁴ El Museo Käthe Kollwitz se encuentra en Fasanenstrasse 24. Un pequeño museo donde se exhibe una obra emocionante

tregar a sus hijos... *Guerra* se presentó en el Museo contra la Guerra de Berlín en 1924, el mismo año de su inauguración por Ernst Friedrich.



El sacrificio



Los voluntarios



Los padres



La viuda



Las madres



El pueblo